



BIBLIOGRAFIA

Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862) escrita en colaboración por autores e investigadores y publicada por la Junta de Historia y Numismática Americana bajo la presidencia de Ricardo Levene. — Vol. I. Tiempos prehistóricos y Protohistóricos. Buenos Aires 1936. — Vol. II, y España y el momento histórico de los descubrimientos. Buenos Aires 1937. 4º, 722 y 660 respectivamente.

Ritmo acelerado es el que se advierte en muchos órdenes de la vida argentina. Las sorpresas se suceden sin interrupción. La máquina que antaño funcionaba lentamente es la que hoy devora el espacio y el tiempo en rápido vuelo. Para construir una modesta Pirámide tardaron nuestros abuelos muchas semanas y la dejaron inconclusa. Como por obra de encantamiento acaba de surgir un monumento similar, en cuanto a su índole, pero inconmensurablemente superior por su magnitud, por su factura, por su riqueza.

Fenómeno análogo, pero en el terreno de la cultura histórica, es la aparición casi repentina de los dos tomos de la *Historia de la Nación Argentina*. En menos de tres años concibióse la idea, arbitráronse los fondos, eligiéronse los colaboradores, trazóse un amplio y generoso plan de toda la obra e inicióse casi de inmediato la publicación.

Indiscutiblemente había una fuerza enorme detrás de esa inusitada dinamicidad. Estaba la Junta de Historia y Numismática y al frente de ella un hombre excepcional, el Dr. Ricardo Levene. Sólo una entidad de viejo arraigo y de positiva prestancia que albergaba en su seno a la mayoría de los historiadores e investigadores argentinos, y aun extranjeros, pudo lanzarse a una obra magna en todos sentidos y bajo todos los aspectos.

Sólo el atreverse era heroísmo, pero no sólo se atrevió sino que con singular acierto ha dado ya a la publicidad los dos primeros tomos y tiene ya publicados otros dos, y listos ya para la impresión dos o tres más. Raras veces se ha visto un fenómeno de esta índole. A lo menos no lo ha habido entre nosotros.

Pero lo que más llama la atención no es lo que llevamos dicho, sino la serie orgánica de magníficas monografías que ya van publicadas en los tomos aparecidos. Sería infantil el parar mientes en las pequeñas fallas de que, sin duda, adolecen dichas monografías y sería presunción imperdonable ya que sus autores son, entre nosotros, los hombres más avezados en el estudio de los temas tratados. No aceptará el crítico siempre descontentadizo todas las doctrinas y opiniones de los señores Milcíades Alejo Vignati, Joaquín Frenguelli, José Imbelloni, Fernando Márquez Miranda, Antonio Serrano, Francisco de Aparicio, los hermanos Wagner, Eduardo Casanova y Enrique Palavecino.

A estas autoridades en materia de etnografía, lingüística, geología, antropología y ciencias afines, se encomendaron los nueve nutridos y sintéticos capítulos del tomo primero y sería pedantesco querer señalar definiciones, fallas, omisiones o errores. Todos y cada uno ha reunido y sintetizado cuanto se sabe entre nosotros sobre su tema y, bien o mal, ha realizado su doble misión: la de dar al público un cuadro general del estado de la ciencia relativo a los diversos tópicos, y la de señalar a los estudiosos las lagunas o *missing links* que estudios posteriores habrán de llenar.

Nuestra admiración es incondicional por lo que respecta al tomo primero, pero no así por lo que se refiere al segundo. Hay, sin embargo, en él estudios comparables en fuste intelectual y aun superiores a los del tomo primero, pero hay también uno que compromete el buen nombre y la seriedad de la magna Historia.

Fué un grave desacierto el elegir para colaborar a un hombre tan falto de reposo espiritual como el señor Clemente Ricci. Su monografía que versa sobre el Estado económico, social y político de Europa en los siglos XV y XVI, es una lamentable declamación sin lógica ni ilación alguna, en la que su autor retrocede por lo menos un siglo en sus apreciaciones sobre la Edad Media. No es posible

que un hombre que está más allá de la mitad en el camino de la vida y que actúa en 1936-1937 escriba y publique lo que ya en 1837 habría sido prueba irrefutable de un trasnochado obscurantismo. Hasta el tono oratorio y enfático está fuera de ambiente.

Descartado este trabajo, merecen plácemes los demás autores que han colaborado en este segundo tomo. Sobre la Ciencia y la técnica en la época del descubrimiento escribe robusta y nítidamente el eximio matemático, Sr. Julio Rey Pastor; sobre las Ciencias geográficas y las exploraciones marítimas el Capitán de Fragata, Héctor R. Ratto; sobre la Cultura y las instituciones de la Edad Media española diserta en forma maravillosamente erudita, a la par que elegante, el Sr. Ramón Menéndez Vidal; sobre España y la civilización española del siglo XVI, el Sr. Rafael Altamira, cuyo sólo nombre es su mejor elogio; sobre La empresa colombina y el descubrimiento, el Dr. Diego Luis Molinari. Max Fleuiss diserta sobre El Brasil y su descubrimiento, el Sr. José A. Oría sobre Las letras y las artes en los siglos XV y XVI y el Sr. Enrique de Gandía sobre el Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del estrecho de Magallanes.

El más extenso (pp. 341-528) y más novedoso de estos trabajos es el escrito por el Dr. Molinari. Hay a las veces alguna acritud, tal vez excesiva, contra un historiador nacional que en repetidas ocasiones se había ya antes ocupado del tema, pero sus argumentos y sus pruebas parecen concluyentes. La monografía del Dr. Molinari nos parece formidable por la solidez de los pruebas, por la lógica del raciocinio y por el arte con que se encadenan causas y efectos y se desentrañan los hechos del complicado acervo de documentos que parecen contradecirse y desnaturalizarse los unos a los otros. La sola monografía del Dr. Molinari salvaría el prestigio del segundo tomo de la Historia de la Nación Argentina, prestigio seriamente comprometido por el mencionado señor Ricci, aunque careciera de las monografías de Altamira, Menéndez Vidal y Rey Pastor.

Guillermo Fúrlong.

Abel Chagnetón. — *La Instrucción Primaria en la Epoca Colonial.* — Buenos Aires 1936. 8°, 412 págs.

El contraste es completo entre el contenido y el contendor, entre la forma y el fondo. Impresión pasable, presentación anodina, erratas abundantes. Es un libro en mangas de camisa. Hoy, que cualquier folleto sale ataviado, hasta con lujo excesivo, este magnífico libro ha salido bien incoloro e inodoro. Según se colige de una advertencia del autor, la obra fué impresa por el Consejo Nacional de Educación sin que aquél pudiera participar en su aparición y presentación.

Pero el contraste es completo, ya que se trata de un gran libro, de un libro muy pensado y muy trabajado, de un libro que constituye un nuevo punto de partida en la historia crítica de la cultura rioplatense. Desde Gutiérrez hasta Juan P. Ramos, ambos inclusive, se nos había informado de la escasa o nula instrucción primaria, de la falta absoluta de escuelas, aulas, textos, aún más se nos había dicho y repetido hasta la saciedad que fué la política de España con relación de las Colonias el tenerlas en la ignorancia más crasa. Todavía hay textos escolares que repiten la misma imbecilidad. Desgraciadamente algunos libros escritos por periodistas, como Juderías y Lummis, no habían contribuido sino a confirmar a muchos en esa creencia, no obstante los ditirambos y exaltaciones líricas de tales apologistas.

Pero el Sr. Chanetón no es un periodista sino un investigador sagaz, no hace afirmaciones gratuitas y en lenguaje exaltado, sino que aduce hechos concretos a granel sacados de las mejores fuentes y en presencia de ellos saca las conclusiones que espontáneamente se derivan de los mismos.

No es el Sr. Chanetón un hispanófilo, menos aun un hispanófobo. Es un vocero de la verdad que ha hallado y que felizmente no ha tenido temor de dar a la publicidad, y nos congratulamos de que haya obtenido, bien merecidamente por cierto, el primer premio en el Concurso de monografías organizado por el Consejo Nacional de Educación al celebrar el cincuentenario de la ley 1420.

«No intentamos justificar el régimen colonial. Tratamos simplemente de explicarlo», nos dice el Sr. Chanetón (p. 17) y desde ese punto de vista escribió su libro. No cometió así el error de tantos que han juzgado la cultura colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII como si fuera contemporánea de la nuestra, como si entonces hubiera una población estudiantil tan intensa, un magisterio tan abundante, vías de comunicación tan fáciles, recursos tan cuantiosos, etcétera, como los hay hoy día.

Con serenidad y a base de pruebas fehacientes llega el Sr. Chanetón a comprobar que «la verdad, rara vez reconocida hasta ahora, es que España nos dió, en materia de cultura, todo lo que podía darnos». No piensan así la mayoría de nuestros profesores de historia, como tampoco pensábamos así nosotros cuando allá por 1915 repetíamos los apasionados juicios de López, Mitre, Gutiérrez, Lamas y demás hispanófobos que tanto envenenaron las fuentes de nuestra historiografía. Felizmente hemos reaccionado hace ya años, como lo comprueban las múltiples monografías que llevamos ya publicadas sobre la cultura colonial.

«Ningún país de Europa, sin otra excepción acaso que Alemania, hubiera podido darnos más» en materia de cultura, agrega el señor

Chanetón, pero lamentamos la excepción. La *Geschichte des Deutschen Volke* de Janssen trae pruebas abundantes del atraso cultural del gran pueblo que hoy, no ayer, está al frente de cierta cultura. No creemos que sea la más integral. Nos parece incomparablemente superior la que irradia Oxford, Cambridge, Stonyhurst. Aquella ha formado soldados; ésta caballeros.

Pero volvamos a la magnífica monografía del Sr. Chanetón. Hace años que tenemos entre manos una lucubración sobre la Enseñanza primaria, secundaria, superior y especializada de la época colonial, y no obstante hacemos nuestro, y muy nuestro, este aserto: «en algunos aspectos del problema educacional, la colonia estuvo en mejores condiciones que la metrópoli y gozó de franquicias — otorgadas o usurpadas — que los propios españoles no tuvieron». No obstante leemos hasta en libros recientes *ad usum scholarum* los viejos dislates de que «en aquellos tiempos no había más escuelas que las pocas de los conventos» y que «un estancamiento chino era la característica de la época». «Dislates (imbecilidades, diríamos nosotros) que no habría para qué tomar en cuenta si no vinieron amparados por el marchamo oficial», ya que se hallan en el Censo General de Educación editado en 1909 (t. 3, p. 3) y llevan al pie la firma de quien tenía un gran prestigio, el Sr. F. Latzina.

Rompiendo prejuicios inveterados en forma tan valiente llena el Sr. Chanetón su grueso volumen con pruebas abundantes, tratando en la primera parte de los ideales pedagógicos, de los pedagogos coloniales, de la acción de las Ordenes Religiosas; exponiendo en la segunda todo lo referente a los maestros, a las escuelas y a los libros didácticos e historiando en la tercera los orígenes y las vicisitudes de la enseñanza primaria en las diversas ciudades del Virreinato. En una cuarta parte se ocupa de la educación de la mujer y de los Indios y las Castas.

Excelente plan, y bien desarrollado. En él nada falta y nada sobra. Con verdadero acierto ha sabido el Sr. Chnetón distribuir su material, abundantísimo por cierto, y sacar a base del mismo las conclusiones ya indicadas y las que de ellas fácilmente se desprenden.

Quisiéramos terminar esta noticia del libro del Sr. Chanetón estimulándole a completarlo y editarlo en forma más atrayente, y aunque exponemos este nuestro voto íntimo queremos también hacer algunas observaciones a fin de que esta nota merezca la confianza de quienes a priori dudan de toda nota bibliográfica en la cual no hay algunos «peros».

Naturalmente, los hay también en este libro que tanto nos ha complacido y al que la prensa y los estudiosos no han hecho aún la de-

bida justicia. ¿Cómo no los había de haber en una obra de la extensión y originalidad de ésta?

Las simpatías del Sr. Chagnetón por los jesuitas no son muy grandes y aunque, en general es justo con ellos, se le escapan a las veces frases y locuciones menos acertadas. Nos dice que a las escuelas jesuíticas de las misiones «sólo concurrían los hijos de los caciques y de otros vecinos estimados como nobles» lo cual «importaba en la práctica cerrar las puertas de la escuela a los hijos de todos los que no eran estimados como nobles» y agrega el Sr. Chagnetón: «Y así era en efecto» No era así, Sr. Chagnetón y Vd. que a continuación reconoce paladinamente que había cultura en las Misiones y en nota cita nuestro libro sobre Los Jesuitas y la cultura, ¿por qué no leyó los datos que aducimos en la pág. 119? Allí, con pruebas fehacientes, probamos que a la escuela jesuítica de la Asunción acudían 400 indígenas (no creemos que los hijos de los caciques fueran tantos) y a la del pueblo de Santo Tomé, cuya población era de 1.400 familias, acudían 900 entre niños y niñas. Admirable porcentaje que sería una ilusión para un Ministro de Instrucción Pública en pleno siglo XX.

Más grave es el error en que incurre el Sr. Chagnetón al atribuir al Concilio de Trento el que las Ordenes Religiosas se ocuparan de la enseñanza. Basta leer las Actas de dicho Concilio para comprobar que ni una palabra hay a este efecto, fuera de lo que legisló para los Seminarios eclesiásticos. Pero el aserto del Sr. Chagnetón es aún más grave: «De él partió [del Concilio, se entiende] el impulso que despertaría en las congregaciones religiosas la vocación — hasta entonces insospechada — de la enseñanza primaria» ¿Ignorará, acaso, el Sr. Chagnetón que allá por 1330 sólo los Cistercienses tenían en Europa más de 300 escuelas primarias? ¿Ignorará, acaso, que no había Abadía benedictina, y las había en abundancia, que desde el siglo VI no poseyera una escuela primaria? — En vez de consultar a libros tipo Latzina, como el de Paul Monroe, recomendamos al Sr. Chagnetón que lea el magnífico volumen que sobre la educación medieval escribió Ramón Ruiz Amado.

De Monroe tomó sin duda, el Sr. Chagnetón el cuentito de que los Jesuitas «armaron pleito» a los Escolapios «porque extendían su enseñanza gratuita a discípulos nobles y ricos, elementos que la Compañía consideraba de su exclusiva incumbencia». No solamente no hubo tal pleito, ni lo pudo haber ya que la educación Jesuítica fué siempre gratuita como la escolapia, y sigue siendo tal aunque el señor Chagnetón le parezca cosa rara. Lo que había entonces, falta ahora: fundaciones de cuyos réditos vivían los maestros. Lo que no había entonces, existe ahora: impuestos que pagar. Esa es la única diferencia, pero la enseñanza Jesuítica ha sido tan gratuita como la escolapia y los PP. Escolapios no cometieron una «insolencia» al hacer que su enseñanza fuera gratis.

No vamos a reprobar lo que escribe el Sr. Chagnetón sobre el uso de la palmeta y otros castigos. Su juicio sobre los mismos es mucho más razonable que el que años atrás emitió Mons. Bustos en sus *Anales* y el Dr. Ferrés en su libro sobre los Jesuitas en Montevideo. Y en este punto el Sr. Chagnetón está en lo cierto. ¿Acaso las actuales escuelas inglesas, dentro y fuera de Inglaterra, no usan la palmeta? A principios de este siglo harto lo usaba Mr. Robb en su excelente Saint Bartholomew's College en la ciudad de Rosario. No obstante usarlo dos y aun más veces a la semana, aquellas aulas lejos de ser «antros de terror donde a la par de la alegría y el reposo se perdía el uso de la razón misma» (Vicuña Mackenna), eran aulas de una aplicación tan intensa y de una disciplina tan humana y caballeresca, que no creemos volver a hallar cosa igual. Pero ¿usaban los Jesuitas de la palmeta? «Empleábanla hasta los Jesuitas después de haber ensayado con éxito mediocre la aplicación en el país de su más serio invento pedagógico: la sustitución del castigo, por el estímulo». Como ya lo dijimos al censurar el citado libro del Dr. Carlos Ferrés, no hay prueba alguna que autorice ese aserto. Por otra parte, basta conocer el espíritu de las Constituciones de la Compañía de Jesús para dar por cierto que nunca hubo castigos en sus escuelas. El que en los inventarios de la de Montevideo conste había palmeta nada prueba, ya que debió ser un puntero lo que había y que el cándido inventariador juzgó palmeta. Esto es tanto más creíble por cuanto en el Museo Pedagógico de Montevideo se ostenta al público un manubrio de chocolatera con esta leyenda: «Palmeta colonial». Así se hace la historia para después escribirla.

A propósito de los castigos cita el Sr. Chagnetón las Reflexiones de Gorriti, pero ¿cree el Sr. Chagnetón que se puede dar crédito alguno a libro tan deformado y descentrado en todas sus partes? Como en ese libro no hay cronología alguna ni se sabe a qué país referir lo que relata Gorriti, ¿pueden ser prueba convincente sus argumentos? — Aún más: las citas sobre la barbarie escolar ¿se refieren a la época colonial rioplatense o a la época independiente boliviana? — Libros de esa índole son ciertamente muy peligrosos, aunque no tanto como los mazacotes de Sarmiento cuya *Opera omnia* es un monumento de baldón para el pueblo argentino.

Felizmente el Sr. Chagnetón no acepta a ciegas el aserto de que Francisco de Vitoria fuera, como se dice y repite, el primer maestro que hubo en Buenos Aires, pero no deshace la leyenda con toda la fuerza cual, creemos, debiera. En primer término sólo se sabe que Vitoria pretendió abrir una escuela, pero no consta que la abriera. Del deseo al hecho hay un gran trecho, que ningún historiador puede zanjar. En segundo término hasta leer la exposición que hace Vitoria al Cabildo para convencerse uno de que no fué él el primer maestro,

aun en el supuesto de que llegara a ser maestro en algún tiempo. Pide abrir escuela porque «al presente» no le hay: luego le hubo en tiempos anteriores. Pide se le dé casa «como es costumbre»: luego hubo otros maestros anteriores que dieron origen a esa costumbre. Por otra parte, hemos de desear que Vitoria no haya sido el primer maestro porteño, ya que todo lo que sabemos de él nos indica que era un hombre interesado y codicioso. Librenos Dios de tales maestros.

No lo dice el Sr. Chanetón pero es su visión histórica de la educación porteña y aun de la de provincias: toda ella se inició con la expulsión de los Jesuitas. No ha de extrañar esta orientación o desorientación ya que Gutiérrez en el siglo pasado y Probst en nuestros días han consagrado este criterio. Probst llega a lo inverosímil titulando su magna colección de documentos: «La Enseñanza durante la Epoca Colonial. — (1771 - 1810)». ¿Sólo se extiende a ese período de cuarenta años la Epoca Colonial? ¿Sólo hubo enseñanza durante ese breve período?

Ya lo hemos dicho: el Sr. Chanetón desea ser imparcial, pero no siempre se libra de ser muy parcial cuando los Jesuitas aparecen en el escenario. Confesemos paladinamente que no les hace justicia por lo que respecta a Buenos Aires, ni a las provincias del interior. Parece no haberse percatado de la enorme labor realizada por ellos en todas las ciudades del virreinato, durante siglos, en forma enteramente gratuita, con éxito sumamente lisonjero como lo estamos comprobando todos los días al dar a la publicidad los méritos de maestros y discípulos tan egregios como tuvieron.

Cita el Sr. Chanetón lo que dice Lozano del hermano Sigordia que enseñó «con buen logro de su trabajo y mucha alegría de los padres de familia», pero este testimonio, confirmado por tantos otros, lo desvirtúa el Sr. Chanetón dejando caer sobre el mismo una gota de veneno ya que es un aserto «no muy desinteresado» de Lozano.

Increíble es el proceder del Sr. Chanetón en lo que atañe a la enseñanza primaria en S. Luis. Consigna en el texto una sarta de ineptias inconcebibles extractadas de la Historia de S. Luis del Sr. J. W. Gez y con él llega a la conclusión de que los Jesuitas puntanos nada hicieron en pro de la enseñanza primaria. Reconoce en una nota la evidente malquerencia del autor hacia la Compañía pero agrega que los hechos mismos son rigurosamente exactos. Cita, también en la nota, lo que nosotros adujimos al efecto y que pulveriza los gratuitos asertos del Sr. Gez, y no obstante la forma concreta de nuestras pruebas basadas en las actas capitulares de San Luis, remata el Sr. Chanetón su disquisición con estas frases: «Quede, pues, el pequeño problema sin solución por el momento». Pero si en los Acuerdos Capitulares consta que el Cabildo en 27 de agosto de 1732 ordenó que todos los niños

de la ciudad asistieran a las aulas de los Jesuitas y que en 14 de enero de 1745 nuevamente prescribía que «los hijos de los principales vecinos concurren a la Escuela de la Compañía de esta ciudad, para su mejor cultivo», ¿puede aún afirmarse que los Jesuitas sólo se preocuparon en S. Luis de sus logros materiales?

No pusimos las citas, pues tratándose de Acuerdos Capitulares ninguna cita mejor que la fecha completa del acto a que hacíamos referencia.

Sin duda que éste y otros errores se deben atribuir a cierta precipitación con que debió escribir el Sr. Chanetón su magnífico libro para presentarlo al concurso en que fué premiado. Aun documentos que tenía más a mano que los Acuerdos puntanos descuidó consultar. Así refiere que en 1617 Francisco Montes de Oca quiso le nombraran «maestro de niñas» y agrega: aun advirtiendo que no se trate de una simple errata del escribano... Pero no era ese procedimiento crítico, existiendo aun los originales del Acuerdo a que aludía el Sr. Chanetón. Años hace que nos sorprendió ese pasaje y fuimos al Archivo de la Nación y pudimos comprobar que en el original se lee niños, no niñas. Había errata pero no del escribano, sino del corrector de pruebas.

Con todo el respecto que nos merece un tan genuino investigador como el Sr. Chanetón y con todo el cariño que sentimos por su excelente monografía, nos hemos atrevido a hacer estas observaciones. Ellas en nada aminoran los justos y merecidos elogios que con anterioridad le hemos sinceramente tributado. El omni ex parte perfectum es cosa muy rara y más en países como el nuestro donde tan poco se ha investigado y dado a conocer acerca de esa época feliz que se llama época colonial.

Guillermo Fúrlong.

R. de Lafuente Machain. — *Conquistadores del Río de la Plata.* — Prólogo de **Juan B. Terán.** Buenos Aires, 1937. 4° — XIV + 696 págs.

Es este un libro hermoso y un libro útil. Hermoso por su impecable presentación tipográfica aunque a la portada, se nos antoja, le falta base de sustentación. No hay, o no puede haber, equilibrio. El prólogo del Dr. Terán, como todo lo que sale de su pluma, muy pensado, muy ático, muy sugestivo.

El cuerpo de la obra es impresionante por el caudal de datos que ofrece sobre centenares de conquistadores. Desgraciadamente no es, ni ha pretendido ser, un diccionario biográfico pero es una cantera de ricos y abundantes materiales con los que se podrá algún día hacer

el tan necesario léxico biográfico. Como asevera el mismo Sr. Lafuente pretende ser un ensayo de un padrón histórico. Llena ciertamente y plénisimamente este modesto objetivo.

Fácil le hubiera sido al paciente investigador el hacer mayor acopio de datos sobre sus «conquistadores», pero contentóse con las copias del Archivo de Indios, existentes en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y con algunas publicaciones como las del Museo Mitre, Trelles, Peña, Blas Garay, Domínguez y Bareyro. No utiliza los documentos de Levillier, por ejemplo, por la razón de que se limita a los conquistadores del Río de la Plata, tomando esta denominación en su sentido más restringido, o sea, excluyendo el Tucumán y Cuyo.

Esta exclusión limita el alcance de la magna publicación del señor Lafuente, pero tal vez haya contribuido a darnos una información más intensiva y menos extensiva. Sea como fuere, es sobre toda ponderación útil, a lo menos como orientador este erudito y servicial libro del Sr. Lafuente.

Guillermo Furlong.

José Torre Revello. — *La fundación y despoblación de Buenos Aires, (1536 - 1541)*, Buenos Aires. 8° — 206 págs.

Mucho es lo que se ha escrito en estos últimos meses sobre la fundación de Buenos Aires. Gran parte de esa producción es la de eruditos para eruditos. Así el volumen del Sr. Machain sobre los Conquistadores y su monografía sobre Don Pedro de Mendoza y el Puerto de Buenos Aires. Otra gran parte de esa producción es la de los indoctos, los aficionados o improvisados, para los indoctos también y para satisfacer la curiosidad de las gentes. Tipo acabado de esta laya de publicaciones es la magníficamente impresa por la Casa Peuser, pero tan llena de fallas y errores que parece que el autor tomó a Bilbao, a Taullard y a Obligado por fuentes de verídica información.

Un libro intermedio sobre el magno suceso que en estos meses se conmemoraba en esta ciudad de Buenos Aires, hacía falta. Hacía falta un libro escrito por quien tuviera dominio absoluto del tema y que fuera capaz de exponerlo en forma amena y al alcance de todas las inteligencias. Ciertamente que el Sr. José Torre Revello ha realizado este ideal con el libro cuyo título encabeza estas líneas.

Nadie, como él, ha descrito con tanta maestría la magna expedición de Mendoza, las vicisitudes de la travesía, del arribo a estas regiones y la primera fundación de Buenos Aires y su despoblación. En estilo elegante y sencillo, en una prosa cristalina que para algunos resultaría hasta insípida, con erudición de detalles y lujo de pormenores su-

gestivos historia el Sr. Torre Revello todas aquellas hazañas de aquellos bravos que dieron origen a la primitiva Buenos Aires.

Como apéndices al relato central consigna, después del mismo, unos ensayos sobre el origen del nombre de Buenos Aires, sobre la persona de Pedro de Mendoza, sobre la fundación de Corpus, sobre el trágico fin de Ayolas, sobre el Clérigo Miranda y sobre Antonio Tomás, el conquistador que asistió a las dos fundaciones de Buenos Aires.

Como relación sintética y verídica, como lectura tan amena como provechosa bien pudieran los profesores de historia argentina recomendar calurosamente a sus alumnos esta obra tan cabal en todos sentidos y tan digna de ser ampliamente divulgada. Nuestros Munícipes harían ciertamente una muy buena obra si la editaran en forma económica y la divulgaran ampliamente entre los habitantes actuales de la ciudad que fundara Mendoza.

Guillermo Fúrlong.

P. Guillermo Fúrlong, S. J. — Cartografía Jesuítica del Río de la Plata. Buenos Aires, 1936-1937. 4° — T. 1. Texto: 228 págs. — T. 2 Láminas: 51 piezas.

Nunca, entre nosotros, habíase publicado una cartografía tan cabal en todos sentidos. Ni la obra de Torres Lanza ni la de Torre Revello pueden compararse a la presente así en la riqueza de la información como en la presentación tipográfica. Ambas obras, sin embargo, priman sobre la presente en ser más generales, ya que el P. Fúrlong ha reducido los límites de su monografía a sólo los mapas compuestos por Jesuitas.

No obstante esta limitación, su estudio y la colección de mapas que lo acompañan supera todo elogio. Se sabía que no eran pocos los mapas compuestos por Jesuitas. Laams, primero, y Schuller después, los habían catalogado con esmero, aunque no sin graves confusiones y errores. Pero Fúrlong nos ofrece ahora no tan sólo un catálogo de ciento once piezas, sino que sobre cada una consigna noticias concretas y relativamente abundantes, y de ellas reproduce, en facsímiles espléndidamente hechas, unas cincuenta.

Ni se ha contentado el P. Fúrlong con esa labor, sino que ha agregado un índice completísimo de todos los topónimos que se encuentran en dichos mapas, índice que centuplica el valor de los mapas pues hace rápida y fácil la búsqueda de cualquier río, arroyo, punta, pueblo, etc.

Pero lo valiosísimo de esta obra es la rica colección de mapas que en ella se reedita en forma facsimilar, como ya hemos anotado.

Durante muchos años de búsqueda por archivos y bibliotecas, pudo el P. Fúrlong reunir un contingente tan grande de piezas cartográficas, desconocidas a nuestros estudiosos con contadas excepciones.

Hemos de felicitarnos de que el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras haya hecho esta publicación y de que la haya hecho en forma espléndida y sumamente provechosa como obra de consulta. Bien se lo agradecerán los estudiosos que lleguen a conocer los grandes servicios que esta cartografía está llamada a prestarles.

Oscar Dreidemie.

Enrique de Gandía. — *Las Misiones Jesuíticas y los Bandeirantes Paulistas.* — Buenos Aires 1936. 4° — 92 págs.

Nunca, que sepamos, ha existido entre nosotros un escritor tan fecundo como el Sr. Enrique de Gandía. Basta decir que en poco menos de diez años ha publicado treinta y ocho obras de índole histórica, casi todas ellas. En sólo el curso de 1935 editó sus monografías sobre Jaime Rasquín y su expedición del año 1559, Los derechos del Paraguay sobre el Chaco Boreal, la Historia de Santa Cruz de la Sierra, De la Torre del Oro a las Indias, Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Solís, Gaboto y Mendoza, Gregorio de Pesqueira y un proyecto ignorado de gobernación en la costa del Brasil.

Tantas producciones, algunas de ellas bien extensas y bien documentadas, patentizan la benedictina labor del joven historiógrafo nacional. Podráse advertir a las veces superficialidad en algunas de sus producciones, ligereza en algunos de sus asertos, incongruencia en alguno de sus relatos, pero es indiscutible que hay una admirable constancia en la búsqueda, una singular facilidad para asimilar el contenido de los documentos éditos o inéditos, sintetizando o ampliando los mismos según los casos, y una destreza nada común en el manejo de la pluma.

Prueba de todas estas dotes es el volumen que ahora recordamos. Bastó que una rica y árida «Información que hizo el P. Francisco Vazquez Trujillo, Provincial de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, para dar aviso a S. M. de los graves daños que han hecho los portugueses de San Pablo, estos tres últimos años, en seis reducciones del Guairá» (Archivo de Indias: 74-3-31 en copia, y en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sec. Nos. 18.667 su original) cayera en manos del Sr. Gandía para que a base de ella exhibiera el hermoso relato sobre los Banderantes Paulistas que es el primer ensayo que sobre tan sugestivo tema se ha realizado entre nosotros.

Aludiendo a la citada información escribe el Sr Gandía: «Nosotros fuimos los primeros en señalar la importancia de su contenido» (p. 10.) Ignoramos en qué año señaló el Sr. Gandía la importancia de ese documento. Si fué después de 1924, fecha en que inició su carrera literaria e histórica, habríamos de decir que doce años antes, o sea en 1912, había el P. Pastells dado a conocer esa Información y la había comentado largamente (Historia, I, 11-456-462). Pastells puso menos literatura en su estudio, tan sintético y cabal como todo lo suyo, pero le dedicó seis páginas, extensión inusitada e insólita que constituye una prueba evidente de la importancia que daba al documento.

Pero la excelente nota de Pastells no puso de relieve ni divulgó a los cuatro vientos los datos y noticias que en aquella información se contiene. Esta ha sido la misión del libro del Sr. Gandía y ciertamente que la ha realizado con exquisito arte y pleno conocimiento del tema.

Si antes de escribir: él su monografía, «la crónica de los invasiones paulistas (era) un tema cautivante... (con) episodios, interesantísimos, de un colorido y de una emoción difíciles de igualar», después de escrita y divulgada será fácilmente tema de futuras lucubraciones, más completas tal vez que la presente, pero difícilmente más animadas, más llenas de luz y trabajadas con tan íntimo conocimiento del tema.

Guillermo Fúrlong.

P. José Sánchez Labrador. — *El Paraguay Católico. — Los Indios Pampas y Puelches, Patagones.* — Con introducción y notas del P. Guillermo Fúrlong. — Buenos Aires 1936. 4° — 340 págs.

La obra que hace pocos meses vió la luz se debe al P. José Sánchez Labrador quien la escribió hacia 1772, pero ha estado inédita hasta el presente en que háse publicado copiosamente anotada por el prestigioso historiador R. P. Guillermo Fúrlong, S. J.

Sobre el valor de esta obra dice su autorizado comentarista «Veinte volúmenes constituyen la obra de Sánchez Labrador y si bien todos ellos entrañan noticias y pormenores valiosos para nuestro pasado nacional, ninguno tal vez contenga documentación tan abundante, tan novedosa y tan poco conocida como el tomo que hoy se publica.»

Y agrega: «Sólo Sánchez Labrador ofrece mayor abundancia de noticias de esta índole que todos los escritores coloniales. Libros co-

mo los de Falkner, Musters y Barbará se eclipsan ante la luz esplendorosa que de sí despide esta monografía».

Para Tandil, Balcarce y Mar del Plata, así como para los estudiosos y amantes de nuestro pasado, adquiere esta obra una importancia única, por ser la primera que nos revela las costumbres y parcialidades de indios que habitaron esta región hacia 1740, menciona la fauna y la flora local y consigna las primeras fundaciones realizadas al sur del Salado y las condiciones de vida azarosa y llena de privaciones de aquellos heroicos misioneros entre los indómitos «pampas», irreducibles a la civilización.

Esta obra aclara en forma concluyente los errores nacidos de la falsa ubicación atribuida a la Reducción de Ntra. Sra. de los Desamparados, que se creyó situada «en la región tandilera» como lo había insinuado el P. Furlong en su estudio sobre el P. Cardiel (Viaje..., pág. 147); de la denominación inexacta de «Tandil» otorgada por entonces a un cerro distante diez leguas de la Reducción de Nuestra Sra. del Pilar, y de la designación también inexacta dada por el P. Falkner al P. Strobel de «cura de Tandil» hacia el año 1748.

La ilustrativa obra del P. Sánchez Labrador devela el misterio guardado hasta nuestros días y por ella sabemos que la Reducción de Ntra. Sra. de los Desamparados, destinada a los indios tehuelches, o patagones, que no se avenían a convivir con los Puelches, en la Reducción del Pilar, se fundó a cuatro leguas de ésta, sobre una loma pedregosa donde había un «ojo de agua» y, «a un cuarto de legua corría un arroyo que abundaba en aves ecuatricas y tenía grandes pajonales de totora.»

La situación de esta malograda reducción era, por lo tanto, casi equidistante entre la Laguna de los Padres y Laguna Brava.

Destruída por las hordas de Cangapol, llamado también «Cacique Bravo», cuando se edificaban las chozas y la iglesia, su primer cura párroco, el R. P. Lorenzo Balda, no llegó a ejercer su curato por la destrucción apuntada, a la que siguió el retiro de los misioneros de la Reducción de Ntra. Sra. del Pilar ante la amenaza de asalto y destrucción que el sanguinario Cangapol se proponía llevar a cabo, y después de la negativa del Gobernador Andonaegui a enviarles socorro de tropas.

La designación de «cura de Tandil» adjudicada erróneamente al P. Strobel y la de «Tandil», atribuida a un cerro situado a la altura de Balcarce dimana, según el erudito estudio realizado por el Dr. Félix F. Outes, Presidente del Instituto de Investigaciones Geográficas, del total desconocimiento que existió acerca de estas se-

rranías, hasta que la expedición de Pabón, en 1770, dejó establecida la distinción entre los macizos serranos del Volcán y Tandil.

Los documentados estudios del Padre Furlong sobre «La personalidad y la obra de Tomás Falkner», y sobre el P. Cardiel en «Diario del Viaje y Misión al Río del Sauce», y las revelaciones de la reciente publicación: «Los Indios Pampas, Puelches, Patagones», del P. Sánchez Labrador, comprueban que los Padres Falkner, Cardiel y Strobel fueron los primeros misioneros que recorrieron esta región de Tandil y que la advocación de Ntra. Sra. de los Desamparados, patrona de la reducción de los tehuelches, fué la que extendió su amoroso manto sobre estas serranías.

La obra del P. Sánchez Labrador, única en su género por la antigüedad y los minuciosos datos acerca de los indios, de la topografía, de la fauna y de la flora de esta zona, lujosamente editada por la casa Viau y Zona, en papel satinado, a dos tintas y con novedosa presentación tipográfica, es un libro que no debe faltar en ninguna biblioteca pública de esta región sudeste de la provincia, ni en las de los estudiosos o amantes de su «patria chica», que cuenta en Sánchez Labrador con su primer historiador, como en Cardiel con el primer explorador, que nos legó sus inestimables impresiones.

J. Suárez García.

Ricardo Levene. — *Pensamiento y acción política del Deán Funes en 1811.* — Córdoba 1937 — 25 p.

En la inauguración del Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad de Córdoba, el 23 de Noviembre de 1936, el Dr. Levene pronunció una conferencia sobre el tema del título de este folleto que ahora aparece.

Estudia la actuación del Deán Gregorio Funes desde que se perfila su figura representativa emergiendo de la conmoción de 1810, defendiendo a la Revolución en las Provincias oponiéndose a la resistencia armada contra Buenos Aires.

Con motivo del estudio de esta personalidad son numerosas e interesantes las afirmaciones e interpretaciones de hechos de la historia de nuestra Revolución de 1810, la asonada del 5 y 6 de Abril en las Provincias, el proceso de la caída de la Junta Grande y termina interpretando el sentido histórico de la política de Funes en 1811.

Roberto Martínez Ruiz.

Ricardo Levene. — *Los orígenes de Buenos Aires y el sentido de su evolución histórica.* — Bs. Aires 1937 — 22.

El Dr. Levene ha publicado en un folleto, la conferencia que pronunció en la conmemoración del cuarto centenario de la primera fundación de la ciudad de Buenos Aires, en el salón de Actos del Colegio Nacional de Buenos Aires el 14 de octubre de 1936.

Califica bien la conquista como un trasvasamiento de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo y dedica palabras a Pedro de Mendoza, figura arrojada de la misma.

Gran parte de la conferencia la ocupa en desarrollar los hechos históricos de la expedición y fundación de Buenos Aires y luego al primer ciclo de la historia de Buenos Aires desde 1436 hasta el primer cuarto del siglo XVII en que se producen hechos de importancia en su historia como la división, decretada en 1617, de estos territorios en dos gobernaciones, la de la Guayra y del Río de la Plata y la creación en 1622 de la Aduana Seca de Córdoba, que separó comercialmente el Tucumán del Río de la Plata.

Terminando el folleto destinando sendos capítulos a «Buenos Aires, ciudad del bienestar y de la victoria desde fines del siglo XVII» y «La ciudad que triunfa de todos los obstáculos».

Roberto Martínez Ruiz.

Pedro Calmón. — *Historia de la civilización brasileña.* — Con prólogo de Ricardo Levene, y versión al castellano de Julio E. Payró.

Son tres aciertos los que se reúnen en el libro de Historia de la civilización brasileña; a saber, su contenido, la traducción y el prólogo. Este trabajo responde a un plan de difusión de la cultura Brasileña en nuestro país.

Objetivo que se logra, merced a la sinceridad de los promotores de tan noble propósito.

El Dr. Ricardo Levene explica en el prólogo la importancia que tiene la organización de una política cultural que encienda la cordialidad americana.

Con este fin existen las comisiones revisoras, que en el caso particular del Brasil y Argentina, se dedican a resolver problemas de forma y fondo, limpian el lenguaje de palabras mortificantes y corregir el criterio unilateral que desfigura los valores históricos y tales objetivos, con el fin de crear una Biblioteca de autores del Brasil en ciencias, letras, artes traducidos al castellano, y de autores argentinos traducidos al portugués.

El problema presentado por Valery, preocupa con fundada razón al Dr. Levene, quien advierte con cuanta razón el escritor francés, afirma que la lectura lenta y maditativa está amenazada de desaparecer por el desorden que provoca en los espíritus la vida moderna. Y por esto anuncia el prologuista, que las obras que verán la luz pública en la Argentina serán sintéticas.

El Dr. Levene se siente atraído por el paralelismo de la historia del Brasil y la Argentina, movida por los comunes ideales de ambos pueblos. Y así descubre en José Da Silva Lisboa, Vizconde de Ceyrá, de Bahía, un tipo semejante al de nuestro Mariano Moreno, y los señala como a dos pensadores que se asocian por la lucha de la libertad comercial. «Tiene — dice Levene — sentido simbólico este entendimiento espontáneo de dos grandes talentos, y lo tiene por el concepto común que les inspira el planteamiento del problema fundamental económico y político».

Levene prosigue advirtiéndole al lector que: «en 1828, con la Paz entre Brasil y Argentina, terminó un litigio importante, naciendo la soberanía del Uruguay y esta paz viene rindiendo considerables beneficios a lo largo de la historia americana».

«En 1851 — prosigue Levene — al concertarse la unión argentino-brasileño-uruguaya, surgió un nuevo derecho público en América, fundado en la civilización contra la tiranía...»

Levene recuerda el episodio de que la Argentina fué la primera nación que reconoció el advenimiento de la República del Brasil en 1889.

«Es la historia viva (dice), que está haciendo posible el cumplimiento sincero de importantes pactos intelectuales — después de las visitas de los Presidentes Julio Roca y Agustín P. Justo al Brasil, y de los Presidentes Campos Salles y Vargas a Buenos Aires — entre los cuales destaca el convenio sobre revisión de la enseñanza de la historia y geografía americanas».

«Hace cuarenta años — concluye Levene —, Martín García Mérou escribió un valioso estudio sobre el Brasil Intelectual (publicado en la Biblioteca 1896-1898) arrancando de la exacta afirmación según la cual de todas las literaturas sud-americanas, ninguna es tan poco conocida entre nosotros como la de Brasil».

Refiere la anécdota de Sarmiento quien en su segundo viaje a Río de Janeiro (hacia 1852) escribía a Mitre diciéndole que había sido recibido por el Emperador, joven de 26 años, estudioso y dotado de cualidades de espíritu y corazón y que estaba entregado al estudio de poetas y publicistas argentinos.

En cuanto a Pedro Calmán, es hombre de obra vasta. En el campo histórico ha publicado: *A Conquista. Historia das Bandeiras-1929*.

Historia de Bahía — Historia da Independencia do Brasil - 1926. — Historia da Civilização Brasileira para escola primaria. 1934.

En Literatura Histórica ha escrito: Pedro D'Ahamas, 1923. O Theouro del Belchior — Anchieta «O Santo do Brasil». — O Crime de Antonio Vieira. — Viera: Semoes patrioticos — O Rei Cavalleiro — O Marquez de Abrantes — Males, Pro Luce. — Gómez Carneiro. O. General da República. — Espirito da sociedade colonial. — O Rei do Brasil.

En Derecho, publicó: Direito de Propiedades. — A reforma constitucional da Bahía. — A Federação o Brasil.

Esta vigorosa personalidad ha encabezado con su trabajo la biblioteca de autores Brasileños que se traducirá en la Argentina.

El estilo de Calmon es digno; resplandece un alma grande en el historiador. Escribe con austeridad y precisión. La belleza literaria de su pluma es sobria, y no distrae con galas el pensamiento ni la narración de los sucesos.

Presentada su bibliografía, ahora nos parece oportuno, describir su Historia de la Civilización Brasileña, bien reputada como trabajo de síntesis, que se puede acometer cuando se posee mucho saber en una materia. Su método es claro y lógico. Con el libro de Calmon poseemos una brújula para recorrer los fastos del Brasil: su vida política, su existencia social y económica y la evolución de su noble cultura. Contiene 28 capítulos subdivididos convenientemente.

El apéndice del tomo contiene: copia fiel: del convenio signado entre la República de los Estados Unidos del Brasil y la República Argentina, para la revisión de los textos de enseñanza de historia y geografía firmado por los ministros de Relaciones Exteriores Y. A. de Mello Franco y Carlos Saavedra Lamas. Proposiciones de la Comisión Argentina para la enseñanza de la historia y geografía americanas, Normas de la Comisión Brasileña para la enseñanza de la historia y geografía americanas. Y creación de una Biblioteca de autores selectos del Brasil, traducidos al Español.

Insistiremos en una oportunidad muy próxima con un trabajo crítico sobre el libro de Calmon, en nuestra sección de Bibliografía Brasileira.

Arturo Cabrera Domínguez.

Juan B. Terán. — *José María Paz.* — 1 Tomo.

La historia de un general cordobés escrita por un pensador tucumano, es una grata coincidencia. Recordamos — entre otras cosas — la existencia que vivió en su juventud el General, halagado por el generoso clima y el temperamento romántico de aquella provincia, en

medio de las alternativas de una guerra llena de angustias. Las Memorias de Paz se hallan iluminadas por episodios de aquel suelo en donde la naturaleza fué creada con tanta largueza y amor. Traemos también aquí el grato suceso de las becas de Tucumán, concedidas por el Gral. Paz, en el Colegio de Monserrat de Córdoba, en 5 de Agosto de 1829, hecho que tuve oportunidad de referir en «La Voz del Interior» (de la ciudad de Córdoba, de Diciembre 15 de 1927) con el título de: Las Letras y la Fraternidad de los Pueblos. Es tan bello el episodio y tiene reales tan afectuosos, que no sería posible desvincularlo de esta nota crítica.

El libro de Terán entra en la categoría de una obra clásica, por la austeridad y pureza del estilo y la profundidad de su contenido: desde el punto de vista de la razón y de la belleza. Así se logra escribir cuando se sabe... y cuando el escribir conoce sus responsabilidades y aguarda pacientemente la hora de su madurez.

Se trata de un ensayo de altos valores, que bien podemos colocar al lado de los de Macaulay, sobre el Gobierno, o la Historia Constitucional de Inglaterra. Reconocemos en Terán la levadura de Plutarco. Se despierta en Terán su amor por la grandeza moral que surge de la Historia y de la Vida de Varones Ejemplares. Nos saca del camino trillado de la historiografía, del turismo sobre los documentos, del fárrago cronológico, de la discusión de los detalles, para subirnos a una gran altura e ilustrar el espíritu y saciar el corazón con lo grande y sublime que Dios ha puesto en el alma del hombre envuelta en arcilla frágil.

A Paz le faltaba un monumento; se lo negó el arte; ya que no se ha hecho nada digno de su genio moral para glorificar la austeridad, la constancia, el silencio, la paciencia, el perdón, el cristianismo que atesoraba Paz en su corazón, profundamente apasionado por la Libertad y la Felicidad de los Pueblos. Pero todo se compensa con este gran libro, en donde no se relatan los combates sangrientos, ni las crueles victorias, que tan fácilmente seducen con el fulgor de espadas y el retumbar de cañones. Se describe la lucha que el hombre libra con sus pasiones, con sus miserias, para lograr una segunda naturaleza superior y más perfecta. Este elixir que destila la historia, es el que conviene recibir en ánforas de oro para ofrecerlo a las generaciones nuevas que han de labrar el porvenir decidiendo de los destinos de la República. La política que dispensa al corazón de los jóvenes el veneno que mata el amor a la Patria, degenerando sus sentimientos en codicia, en sordidez y egoísmo; que los envuelve desprevenidamente en gases que asfixian la dignidad, el honor y la pasión por el bien público, debe combatirse con lecciones irrefutables como las que contiene el libro de Terán.

Ha compuesto un libro de meditaciones, un verdadero kempis de inagotable lectura. Los hombres de estado hallarán en sus páginas, aliento en la desesperanza, fuerza en la debilidad, valor para abrazar virtudes y deshechar la servidumbre de la pasión mezquina.

He leído varias veces el libro de Terán, en el que resplandece la exactitud, y el informe meticoloso, que revela al hombre de probidad intelectual. Y debo confesar, que cada lectura me proporciona nuevos descubrimientos; Pero lo que por sobre todo experimento, es el influjo vital de su doctrina, que como elixir proporciona al espíritu nueva fe en la virtud y a la conciencia nueva energía para fiscalizar los actos y luz para proyectarla sobre el camino de nuestras acciones.

Terán no es retórico, por fortuna. Su concisión es la que se amolda a los hechos y a la época y al héroe que estudia. La belleza de los pensamientos surge de la grandeza moral del personaje y de la desolación del escenario en que se mueve. El libro de Terán está ungido por la perennidad, porque es un libro inspirado.

A esta obra he de dedicarle una nota de mayor caudal y meditativa. El general Paz, que fué desde mi niñez objeto de un afecto y admiración profunda, me sugirió en cierta oportunidad un trabajo paralelo con la vida del Mariscal Poniatfowsky, a quien Napoleón I señalaba por sus virtudes y sus talentos como el verdadero Rey de Polonia.

Arturo Cabrera Domínguez.

Rómulo Zabala y Enrique De Gandía — *Historia de la Ciudad de Buenos Aires, — 1536 - 1718*. Primer tomo.

Prologa este trabajo el Sr. Intendente de Buenos Aires, quien por Decreto de 6 de Noviembre de 1936 encomendó a sus autores la preparación de una Historia de la Ciudad de Buenos Aires. Y al mismo tiempo trazó el itinerario de la obra que debía relatar los siguientes asuntos (esto sin perjuicio del plan definitivo que los historiógrafos consideren necesario):

Génesis de la primera fundación de Buenos Aires. La expedición de Don Pedro de Mendoza — La despoblación de la ciudad — La segunda fundación de Buenos Aires en el siglo XVII — La municipalidad colonial — Los más antiguos edificios — La obra de los Gobernadores — Cómo vieron a Buenos Aires los primeros viajeros — La Gran Aldea del Siglo XVIII — El puerto — La vida familiar — Los edificios Públicos — El Fuerte — Teatros — Hospitales — Conventos, etc. — Nuevos viajeros — La obra de los Virreyes — Buenos Aires en el

momento de la Revolución de Mayo — La influencia del Comercio Libre. — Progresos Edilicios — Buenos Aires bajo la Tiranía — Buenos Aires en el momento de la organización nacional — Buenos Aires ciudad de la humanidad — Buenos Aires en el Primer Centenario de la Independencia de la República. — Ultimos adelantos — Buenos Aires en el Centenario de su fundación — La ciudad novísima — Y dice el Intendente Municipal en el referido prólogo que este «libro es el primero cronológicamente que se publica sobre la Historia de la ciudad de Buenos Aires».

Se trata de un prólogo erudito con aspecto de exégesis. A veces por definir lo hace en demasía y entonces incurre en afirmaciones triviales y en períodos oscuros. Se trata de un alarde diletante, pues acomete el trabajo de una Bibliografía extranjera con más elegancia o coquetería que profundidad.

Salvando ya el contenido erudito entra a afirmar con acento épico que: «La Figura de Dn. Pedro de Mendoza aparece en estas páginas más destacada de lo que lo ha sido en otras obras que se han ocupado especialmente de la fundación, sobre todo las de Madero y de Groussac. Es justicia debida. Y cada día habrá de rendírsele en más alto grado, pues nunca se repetirá bastante a las generaciones argentinas de todos los tiempos que la ciudad debe solo a Dn. Pedro de Mendoza y a nadie más que a él el sitio de su emplazamiento y su nombre inmortal». Esta afirmación carece de importancia crítica; y tan solo parece un artesonado o recurso decorativo del prólogo. A esto se añade un concepto vertido, acerca de la fatalidad, de cuya entraña (según el Sr. de Vedia y Mitre) surge renovada la ciudad de Buenos Aires.

La pluma del Sr. Vedia y Mitre se agita en virtud de un prurito retórico, en lo ya dicho, y cuando parangona el incendio de Roma al de la incipiente ciudad de Buenos Aires. Para el Sr. Intendente queda acabadamente demostrado, que lo trágico estaba en el alma de Buenos Aires.

Como obra de imaginación, este prólogo es bueno, mas como trabajo de crítica carecería de método, de seguridad y de disciplina.

Se compone la obra de XXIII capítulos en el orden siguiente:

Notas preliminares sobre la geología de Buenos Aires.

Aspecto fisiotopográfico.

Los primitivos habitantes.

Antecedentes de la primera fundación de Buenos Aires.

La Expedición de Dn. Pedro de Mendoza.

Primera Fundación de Buenos Aires.

Buenos Aires durante el gobierno de Dn. Pedro de Mendoza.

Dstrucción de Buenos Aires.

Antecedentes de la segunda fundación de Buenos Aires.

Segunda fundación de Buenos Aires.

Buenos Aires a fines del siglo XVI.

Los primeros tiempos.

Inquietudes, esperanzas y robos.

El despertar de la ciudad.

La ciudad en armas.

Nuevos progresos.

Buenos Aires a los cien años de su segunda fundación.

Rentas y gastos de la ciudad.

Buenos Aires a fines del siglo XVII.

Primeras cuestiones de jurisdicción.

La lucha contra la extinción del ganado.

El peligro de los indios.

Buenos Aires, «muy noble y muy leal».

En este volumen se cumple una etapa del plan trazado por el decreto del Sr. Intendente Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, quien manifiesta en el prólogo que «este tomo es en realidad sólo el anuncio de lo que será la obra.

«El lector (añade) podrá apreciar que al propio tiempo se le ofrecen páginas de un interés siempre vivo, se le garantiza la existencia futura de otras de las que no querrá prescindir.»

En las notas preliminares, sobre la geología de Buenos Aires, los historiadores reparan en una circunstancia digna de mencionarse especialmente.

«En las historias generales, de naciones, provincias o ciudades es práctica dedicar el primer capítulo a la geología del lugar donde se desarrollaron los sucesos referidos en sus páginas.

No hemos deseado, en este trabajo, evadirnos de la costumbre mencionada; pero tropezamos, al pronto, con una carencia de datos que no se advierte en lo que respecta al estudio geológico de las capitales europeas cualquiera de las cuales posee sobre esta materia una Bibliografía de centenares de títulos, mientras que la de Buenos Aires sólo dispone de algunas decenas. Este breve capítulo aparece ilustrado con un esquema trazado por Carlos Rusconi, del corte geológico del subsuelo de Buenos Aires, con seis notas; con una Bibliografía Geopaleontológica de la ciudad de Buenos Aires abundante, y otra complementaria de la Provincia de Buenos Aires abundante, y otra complementaria de la Provincia de Buenos Aires.

La empresa que el señor Intendente de la Municipalidad de Buenos Aires ha encomendado a hombres con prestigio y probidad intelectual, merece aplauso y estímulos. Homenaje digno de los fastos de la ciudad de Buenos Aires cuya historia dispersa en monografías, en trabajos amenos y colecciones de documentos antiguos publicados por diversas entidades, ahora tendrá unidad y método, seguro beneficio para nuestra cultura.

Los capítulos de este libro se pueden considerar como verdaderas monografías, por lo que se les dará el lugar que merecen en las notas críticas de ESTUDIOS.

En el próximo número de la revista, continuará el análisis de este importante trabajo, fruto de una fecunda iniciativa del Señor Intendente de la Municipalidad de Buenos Aires.

Arturo Cabrera Domínguez.

